A LOS VENCEDOR

Y

A LOS VENCIDOS.

POR

DOÑA CONCEPCION ARENAL.

MADRID.

Imprenta de LAS NOVEDADES, Salon del Prado, núm. 8.

1869.

R. 13383
47/45598
52/42577

A LOS VENCEDORES

Y

A LOS VENCIDOS.

POR

DOÑA CONCEPCION ARENAL.

INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA
BIBLICTECA
MADRID

MADRID.—1869.

IMPRENTA DE LAS NOVEDADES,
SALON DEL PRADO, NÚM. 8.

ADVERTENCIA.

..... et il n'y a de vencús,
que les hommes persuadés.
MAD. STAEL.

Hace un año escribimos un opúsculo con este título: ¿QUÉ QUIEREN LOS REPUBLICANOS? ¿LA REPÚBLICA? ¿QUÉ TRAERÁN? EL DESPOTISMO; y no creiamos que los sucesos viniesen á darnos la razon tan pronto y de una manera tan terrible. Creiamos que se necesitaba más tiempo para que germinase la semilla que se arrojaba por todas partes; creiamos, sobre todo, que sus frutos no habian de ser tan amargos: es que sin duda desconociamos algo la gran influencia de las malas pasiones, y la parte que debia asignárseles en la lógica de los sucesos, causa de error difícil de evitar, porque la tendencia de toda alma honrada es á disminuir el poder de los impulsos que no lo son. ¡Qué de veces las previsiones que nos parecen calumniosas vienen á convertirse en hechos!

Se dirá: los republicanos quieren la república; pero no han traido, no traerán el despotismo. La suspension de los derechos individuales cesará, y pasarán los estados de sitio. Así lo creemos; pero estamos igualmente persuadidos de que la arbitrariedad tiene dejos

amargos; que la fuerza sustituida á la ley deja siempre una triste huella; que quien por un solo dia puede todo lo que quiere, hace alguna cosa que no debia hacer, y que los republicanos han provocado el despotismo en la misma proporcion en que han provocado la arbitrariedad.

Vamos á decir algunas palabras, muy pocas, con la apariencia, muy desagradable para nosotros, de ocupar al público ni un solo momento de nuestra personalidad. Pero al cabo los pueblos se componen de individuos, y la consecuencia y la fijeza de principios de cada uno está léjos de ser indiferente á la dignidad y al bien de todos. Cuando escribimos el folleto arriba citado, no pusimos en él nuestro nombre: en un libro que hemos escrito después (1) hemos consignado nuestra opinion de que las mujeres no deben tomar parte en la política militante, y que si pueden tener escuela, no nos parece bien que tengan partido. ¿Cómo, pues, escribimos hoy un opúsculo esencialmente político, y de política de actualidad, de política militante? Porque hay momentos en que la política es humanidad!, y por desgracia estamos en uno de esos momentos. Porque si las mujeres no conviene que salgan de su casa para tomar parte en intrigas electorales, deben bajar á la calle cuando escuchan ayes lastimeros. Porque si no es su puesto en la arena del combate, mezcladas con los que luchan, deben acudir al campo ensangrentado á curar á los heridos; á llorar á los muertos; á extender sus débiles brazos entre los que quieren renovar la lucha; á escuchar en el silencio de las tumbas las verdades que no se perciben en el ardor de la pelea y en la embriaguez del triunfo; á recoger de los labios del moribundo la maldicion ó la plegaria que encierra una leccion provechosa y terrible.

Cuando la política es humanidad; cuando en vez de circular las ideas corre la sangre; cuando las voces de entusiasmo se convierten en gritos de guerra, y la antorcha de la razon en una tea incendiaria, entónces todo el que piensa y siente, hombre ó mujer, creemos que está obligado, en la medida de sus fuerzas, á tomar una parte activa para remediar el mal ó atenuarle siquiera. No hay nadie que lo pueda todo; ninguno que no pueda nada. Si todos los que pueden quisieran; si los que huyen se pararan, y los que se retraen pusieran manos á la obra, veriamos trasformada una situacion de que tantos desespe-

(1) *La mujer del porvenir.*

ran. El egoismo que se disfraza de paciencia hace mucho más daño que la pasion que rompe todos los frenos. Se hacen diques para los torrentes; no los hay para las filtraciones.

Respondiendo á los que hablaban de abandonar la patria, decia un amigo nuestro, cuyo nombre bendito callamos: «Esto está demasiado malo para dejarlo,» frase sublime en su sencillez, leccion grave para la conciencia, noble ejemplo para el honor. Sin aspirar ni siquiera al título de discípula de tan gran maestro, nos hemos inspirado hoy en el mismo sentimiento, y en vez de enmudecer entre tanto estruendo, hemos dicho:—«Hay aquí demasiado ruido desacorde para callar.»

CAPITULO PRIMERO.

A LOS VENCIDOS.

Te engañan, pobre pueblo; te extravian, te pierden. Derraman sobre tí la adulacion, el error y la mentira, y cada gota de esta lluvia infernal hace brotar una mala pasion ó corroe un sano principio. Cuando, impulsado por el huracan de tus iras, te lanzas sin brújula á un mar tempestuoso que desconoces, en lugar de las armonías que te ofrecian, oyes la voz del trueno, y á la luz del rayo ves los escollos y los abismos en que se han trocado aquellas deliciosas mansiones que te ofrecian y vislumbrabas en sueños.

Han acostumbrado tus oidos á palabras falaces, y acaso no escuches las verdades que voy á decirte porque te parezcan amargas; pero créeme: cuando la verdad parece amarga, es que el alma está enferma, como lo está el cuerpo si le repugnan los alimentos que deben nutrirle. Yo no he calumniado á los que aborreces; no he lisonjeado tus pasiones; no he aplaudido tus extravíos; pero te amo y te compadezco siempre, y si no te he dado ostentosamente la mano en la plaza pública, la he colocado sobre la frente de tus hijos, que la inclinaban humillados en la prision, ó la dejaban caer en la dura almohada del hospital. Mi amistad no ha brotado de tu poder, sino de tus dolores; soy tu amiga de ayer, de hoy, de mañana, de siempre; mi corazon está contigo para aplaudirte cuando obras bien, para censurarte cuando obras mal, para sufrir cuando sufres, para llorar cuando lloras, para avergonzarme cuando faltas... Aunque mis palabras te parezcan duras, espero dirás en tu corazon.—Esa es la voz de un amigo.

Para entendernos mejor, hemos de proceder con método, tratando separadamente

Tus dolores.
Tus faltas.
Tus aspiraciones.
Tus medios.

I.

TUS DOLORES.

La lógica exigia que no empezásemos por tus dolores, sino por tus faltas; pero cuando una madre ve encarcelado al hijo que se extravió, primero le abraza, llora, y le reprende después.

Yo empiezo por llorar contigo ¡oh pueblo! tantos males como han caido sobre tí cuando soñabas con llevar á todos remedio. Tus muertos en la pelea, tus heridos gimiendo en el hospital, tus encarcelados tras de la reja más dura para el que tenia sed insaciable de libertad, ó en la bodega de un buque que los conduce á remotas playas de donde tal vez no volverán; tantas madres sin hijos, tantos hijos sin padre, tantas esposas sin esposo, tanta desolacion y desdicha como sufres, llenan mi alma de amargura y de lágrimas mis ojos. Y te compadezco más, porque muchos que te compadecian te niegan hoy su compasion; porque dicen que no la mereces, como si debiera medirse por las virtudes y no por tus dolores, y como si, tratándose de los que sufren mucho, pudiera haber justicia sin piedad.

Ayer padecias por falta de trabajo; tenias hambre y tenias frio; enfermo, estabas mal cuidado; huérfano ó expósito, no hallabas asilo, ó si se abria para tí, rara vez merecia el nombre de benéfico que llevaba. Preso, esperabas largo tiempo la justicia, que no venia siempre; culpable, reclamabas en vano los medios de enmendarte, que no llegaban nunca; ignorante, nadie te sacaba de tu ignorancia. Era bastante tu desdicha.

Hoy es todavía mayor, mucho mayor: á estos males agravados se añade tu descrédito, se añade el desprecio de los que ayer te respetaban, y tal vez la insolencia de los que ayer te temian. Por una reaccion inevitable, la adulacion se ha convertido en calumnia, y la opinion que se llama ilustrada te condena sin oirte y sin escrúpulo, porque no cree posible que puedas alegar nada en tu favor. ¡Cuántos males van á salir para tí de este descrédito tuyo, y cómo, repitiendo los gritos de tu cólera, van á sofocar la voz de tus verdaderos amigos! El egoismo y la injusticia tiene ahora gran facilidad en disfrazarse, cubriendo su sin razon ó

su dureza con manto de bien público y de necesidad, daño para tí gravísimo, porque todo lo que se puede razonar es fuerte.

No hemos de dejar de amarte hoy, pobre pueblo, los que te hemos amado siempre; no hemos de huir de tí porque tienes fiebre, infeliz, que no deliras nunca sin lastimarte y romper tu pobre ajuar, que no puedes reponer cuando vuelvas en tí.

Tus culpas no quedan nunca sin castigo en el mundo; y cuando es para tí inevitable, inexorable la justicia, ¿cómo negarte compasion, y hasta donde sea dado, misericordia? En la tumba, en el hospital, en la prision, en el banquillo de los acusados, donde quiera que estén tus hijos afligidos, mi corazon está con ellos, y los defiende, y los excusa; y cuando excusa no tienen y no puede hacer resonar la voz de la justicia, deja oir los lamentos de la piedad.

II.

TUS FALTAS.

Hay una cosa más terrible que el dolor de los que amamos, y es su culpa. La compasion derrama lágrimas que consuelan; la vergüenza no tiene más que el rubor, que enciende la frente y oprime el pecho honrado.

Los que buscábamos remedio para tus dolores ¡oh pueblo!, disculpa para tus extravíos, ¿qué diremos cuando nos recuerden tus crímenes? Has pecado por tu culpa, como todo el que peca gravemente. La bandera del rebelde, el fusil del faccioso puede empuñarlos el fanático, el iluso; pero el saco del ladron, el hierro del asesino, la tea del incendiario, no están nunca sino en manos de un perverso.

Nadie te ha predicado el incendio, el asesinato y el robo; pero aunque así hubiera sido, aunque tus tribunos te hubiesen lanzado á la carnicería y al pillaje, su maldad no excusaria la tuya ante los hombres ni ante Dios, que ha dicho:—NO MATARAS; NO ROBARÁS.

Si no crees en la palabra de Dios ni en los Libros Santos, no puedes negarte á leer lo que está escrito en tu conciencia. En ella se lee como en el libro de la Ley: —NO MATARÁS; NO ROBARÁS. Si no tienes bastante juicio para ser cuerdo, ni bastante ilustracion para ser docto, sabes lo suficiente para ser honrado. Esta indispensable ciencia la recibimos todos con la vida, y nadie puede alegar para sus verdades invencible ignorancia. De tus locuras, de tus extravíos puedes compartir la responsabilidad con otros; de tus crímenes eres tú el responsable, porque no cabe en eso error ó fascinacion.

¿Por ventura crees que basta que grites viva esto ó muera aquello para quitar el horror á tu mano cuando derrama sangre, y la infamia cuando se apodera de lo

ajeno? Si te posesionas de lo que no es tuyo y matas á traicion y sin pelear, ladron y asesino eres, y más culpable todavía si al ejecutar tu maldad invocas alguna cosa santa que profanan tus labios y desacreditan tus acciones. En vano querrás disfrazar de delitos políticos los delitos comunes; bandido te llamará la conciencia pública; y por más sofismas que amontone tu razon, por más mentiras que salgan de tus labios y por más caretas que ajustes á tu rostro, mala será la maldad, infame será la infamia. Créeme ¡oh pueblo!; del freno roto del deber se forja una ignominiosa cadena. Hay siempre manos prontas á encadenarte, pero estarian ociosas si tú no les proporcionases el hierro.

Me dirás: un corto número de mis hijos es el que se ha levantado en armas; un número mucho más corto todavía es el que se ha manchado con crímenes. Es cierto. No seré yo quien te calumnie creyéndote capaz de erigir en sistema ni sancionar como bueno la devastacion, el robo y el asesinato; nó.

Pero tu culpa, tu gravísima culpa está en no haber protestado contra el furor de tus hijos perversos; en no haberlos desheredado de tu amor y de tu honra; en haber consentido que se refleje sobre tí el brillo siniestro de la tea incendiaria, y que te salpicase la sangre inocente haciéndote sospechoso por la complicidad de tu silencio.

Ese derecho de manifestacion de que has abusado tanto era la ocasion de usarle en favor de la moral, de la justicia, de la humanidad ultrajadas; era la ocasion de trazar una linea divisoria entre tus pocos hijos infames y tus muchos hijos honrados. ¿Por qué no has protestado? ¿Por qué has callado en mal hora? Desdichado silencio, que ha de hacer confundir á culpables é inocentes, porque no tienen los hombres tanto amor á la justicia que la hagan si no la hallan muy á mano: los que no te aman mucho, pobre pueblo, han de hacerte responsable de los crímenes que no has reprobado.

Aun sin llegar á tan criminales extremos, falta grave has cometido dando oidos y aplausos á palabras falaces ó perversas, que te ofrecian cosas imposibles por medios culpables. Si nunca, jamas, un buen fin se legitima por malos medios, ¿qué diremos cuando se quiere ir al absurdo por el camino de la iniquidad? Esta iniquidad tenias medio de conocerla y confundirla; no era menester que fueras docto; bastaba saber lo que todos sabemos; aquel precepto divino, aquella verdad evidente que cimenta y corona la ley moral: NO HAGAS Á OTROS LO QUE NO QUIERAS QUE TE HAGAN Á TÍ. Hé aquí toda la ciencia del deber; los ignorantes pueden conocerla como los sabios, y nadie la olvida sin culpa.

Dicen que muchos de tus hijos se han dejado fascinar con la idea de ganancia sin capital ni trabajo y de posesion sin derecho. Absurdo seria é injusticia. Si no quieres que nadie te quite lo que es tuyo, ¿cómo has de pretender apoderarte de lo ajeno?

No ha sido bien ganado, dices; su posesion no es legítima. ¿Y cuándo se ha abierto la informacion y héchose la prueba? No hay más testimonio que el de tu codicia, ni más fallo que el de tu cólera. Bienes hay mal adquiridos entre los ricos y entre los pobres; pero son los ménos, son la excepcion; la regla es que todo el que posee una cosa la posee legítimamente; es el fruto de su trabajo ó del trabajo del que se la dejó.

Porque haya algunos pobres ladrones, ¿debe despojarse á todos los pobres de lo que poseen? Pues lo mismo seria despojar á los ricos que poseen legítimamente

porque hay algunos cuyas riquezas son mal habidas. ¿Qué diferencia existe entre el palacio y la choza cuando ni el uno ni la otra son mal adquiridos? Que el palacio excita la codicia y la envidia, y la choza nó. Es decir, que la envidia y la codicia son á la vez el móvil y la base de esa reparticion de bienes que, apoyada y movida por las pasiones más ruines, no puede pasar nunca de aspiracion loca y culpable.

Los ricos son pocos; los pobres son muchos. Si se hiciera, pues, la reparticion á partes iguales, tocarias á muy poco y tendrias necesidad de trabajar, que es de lo que dicen que vas huyendo.

Pero fijémonos en algunos más afortunados: supongamos realidad el sueño de los que han creido que les tocaria una tierra ó una casa. ¿Con qué razon, con qué derecho han de conservarla? ¿Por qué no se ha de hacer una distribucion cada dia, cada hora, cada minuto? El que ha perdido por cualquier causa lo que recibió, ¿por qué no ha de reclamar de los que tienen hoy, como estos reclaman de los que tenian ayer? ¿Por qué no he de despojar al que va por la calle como otro transeunte me ha despojado á mí? El apetito que desea y la fuerza que violenta se han sustituido al derecho y á la ley. El brazo que habia de labrar el campo se emplea en defenderle, y en vez de surcos se abrirán tumbas para sepultar á los que sucumben disputándose su posesion.

Todo esto es pura y simplemeute imposible, porque la sociedad no lo seria si se sustituyera la posesion que pasaba de mano en mano á la propiedad, y la fuerza á la ley. ¿Quién sembraria un campo que no estaba seguro de segar?

La propiedad es una cosa tan necesaria, tan inherente á toda sociedad de hombres, que la reconocen áun aquellos que viven de despojar á los otros violentamente. Los bandoleros roban á los transeuntes, pero respetan entre sí el fruto del robo, sin lo cual la banda no podria subsistir ni un momento.

Reflexiona un poco sobre esto. No sólo los hombres en sociedad, no sólo los bandidos necesitan para existir respetar la propiedad, sino que hasta los animales parece que tengan idea de este derecho. Los domésticos tienen por suyos los bienes de su amo, y los disfrutan; y, si pueden, los defienden. El pájaro no podria reproducirse si no respetase el nido que otro construye y viera respetado el que construyó; y perecerian todos los animales si, no respetando la posesion del primero que llega á una guarida ó á una mata de yerba, se empeñasen en disputársela en vez de buscar otra. La propiedad, como todas las cosas necesarias y absolutamente indispensables, es un instinto; le tienen los animales como los hombres; solamente que en estos alguna vez se sofoca la voz de la conciencia con la voz de la pasion.

Yo bien sé que la mayoría, la inmensa, la casi totalidad de tus hijos, no se apodera ni piensa en apoderarse de lo ajeno, ni pone en duda el derecho de propiedad; bien sé que en los desórdenes de las calles ó de los campos, como en las funciones de los teatros, se llama *pueblo* á algunas docenas de hombres que gritan muera ó viva y accionan á compás; por eso debes protestar cuando algunos de tus hijos toman tu nombre para deshonrarle. Los que te temen y los que te aman poco te hacen responsable de los males que no has reprobado, y llaman *pueblo* á una turba de insensatos.

Fija bien tus ideas sobre la cuestion de propiedad, porque te hace un daño inmenso la más leve sospecha sobre este punto: no necesitas ciencia para esto; te

basta, como te he dicho, tu conciencia, y aquella sencilla fórmula de la justicia que tienen en su corazon los ignorantes lo mismo que los sabios: *No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí.* Si quieres que sea respetado lo poco que posees, respeta lo mucho que tienen otros; el *valor* de la posesion no la hace cambiar de *naturaleza*, y ten por cosa segura que cuando los pobres saqueen las casas de los ricos, los soldados saquean las casas de los pobres; que cuando los ricos se quedan sin algunos objetos de lujo, los pobres se quedan sin pan: es la ley dura, pero inflexible.

En estos últimos tiempos te han dado algunas lecciones de historia, reducidas á pintarte la tiranía y los crímenes de los reyes, sus vicios, sus locuras; á decirte que sin ellos las naciones hubieran sido prósperas y dichosas, y que no tienes más que derribarlos para ser tú dichoso. La verdad incompleta es una mentira, y la historia, así truncada, es una fábula. Los jefes supremos de las naciones, llámense como quieran, no son sus guías, sus inspiradores, sino su reflejo; no dan el impulso, le reciben. Si supieras un poco de historia, de historia verdadera, no te entregarias á sueños insensatos ó culpables, ni el error del entendimiento armaria tu mano para el crímen: verias claro que los reyes no son al cabo más que los representantes de los pueblos, que echan hombres á las fieras con Neron, y á la hoguera con Felipe II.

Un pueblo ignorante y vicioso es esclavo: la representacion de un pueblo esclavo es un tirano. Los elementos de la tiranía están en el pueblo: él es el que suministra siempre el hierro para sus cadenas. ¿Por qué en Roma muchos emperadores fueron fieras? Porque el pueblo era feroz. ¿Por qué en Inglaterra los reyes respetan el derecho? Porque una gran parte del pueblo piensa, trabaja y acata el deber. Un rey bueno en un pueblo malo, un rey malo en un pueblo bueno, pasan como un meteoro; y áun al pasar reflejan siempre algo de lo que los rodea. Un mal rey, Luis XV, rechaza la invencion infernal de incendiar traidoramente la escuadra enemiga y paga generosamente al inventor, con la condicion de que no ha de poner por obra su invento. Aquel buen emperador de Roma que mereció ser llamado *las delicias del género humano*, permite que se celebren sus triunfos con la carnicería del circo, con los combates de gladiadores. Los reyes resultau del estado moral é intelectual de los pueblos. Rectifica, pues, la primera leccion de historia que has recibido diciendo:—«Los reyes malvados se engendran en la maldad de los pueblos.»

La segunda leccion de historia que te dan son ejemplos de acá y de allá, donde el pueblo ha vivido ó vive próspero y feliz. La verdad es que donde quiera que el pueblo está bien, es porque es bueno; y que el nivel de su bienestar sube y baja absolutamente con el de sus virtudes é ilustracion. SABER Y QUERER HACER LO QUE SE DEBE; esta es la condicion de prosperidad. Un individuo puede enriquecerse por el fraude y la rapiña; un pueblo no puede ser rico más que trabajando y respetando el fruto del trabajo, porque ya se comprende que no puede robarse á sí mismo; así, pues, debes rectificar tu segunda leccion de historia diciendo:—«La riqueza de un pueblo no puede ser más que el fruto de su trabajo.»

La tercera leccion de historia se refiere á la distribucion de la riqueza, al respeto á la propiedad. Aquí se necesita gran ceguedad ó gran cinismo para no ver, ó disfrazar este hecho constante y universal. Donde quiera que el derecho de *propiedad se ataca, la sociedad se siente herida en el corazon y se levanta y aniquila al*

que la hiere: no hay excepcion de esta regla. Cualquiera causa que hace alianza con el despojo, sucumbe, como moriria el hombre más lleno de vida á quien se encadenase con un cadáver: esto es lo que dice la historia.

Escucha otra leccion que te da: Cuando un pueblo tala, devasta é incendia, él tiene que reponer lo que ha destruido, y ademas tiene que pagar las recompensas dadas, más ó ménos justamente, á los que por fuerza y con riesgo le hacen entrar en razon. Los ejércitos que talan é incendian en la invasion padecen hambre en la retirada; lo mismo sucede al pueblo que avanza hácia lo imposible por el camino de lo injusto.

Has destruido telégrafos, caminos y puentes. ¿Quién sino tú tiene que componerlos? Has hecho necesario el movimiento de tropas. ¿Quién sino tú tiene que proveer á sus gastos? Has dado motivo ó pretexto á ascensos y recompensas. ¿Quién sino tú tiene que pagarlas? Vencedor ó vencido, tenias que reponer lo que destruias; esto hubiera sido para tí evidente si la cólera y el temor fuesen buenos elementos de cálculo.

Pero se dice: lo dicen por desgracia y lo creen casi todos, que aquellos de tus hijos que han destruido son de los que *no tienen que perder*. No sólo es falso que haya un solo hombre que no pierda en la pérdida comun, sino que es cierto que en el desórden y la destruccion de valores pierden más los que se dice que no tienen que perder. La cuestion es muy importante, es capital, y convendrá que nos detengamos un poco en ella.

Juan es un jornalero. No tiene propiedad alguna; ahora que no se paga contribucion de consumos no paga contribucion. Puede incendiar, destruir caminos, telégrafos y puentes sin que le pare perjuicio. Si se imponen más tributos, otros los satisfará; si se dejan de cubrir las obligaciones del Estado, poco le importa; él no cobra un real del presupuesto. Juan puede hacer, pues, daño, mucho daño á los otros sin que le resulte ningun mal para sí. Error grave, blasfemia impía de la ignorancia. Nadie hace mal ni bien sin que le toque una parte; así lo ha dispuesto la admirable providencia de Dios.

Veamos lo que *pierde* en la destruccion y el desórden ese Juan *que no tiene nada que perder*.

En la lucha han muerto muchos soldados; en vez de disminuir el ejército hay que aumentarle; los que tronaban contra los soldados y contra las quintas quieren quintas y soldados, porque han cobrado miedo al robo, al incendio, al asesinato, á la destruccion llevada á cabo por las masas; á lo que se llama, en fin, el reinado de la demagogia. De resultas de todo esto un hijo de Juan, que debia quedarse en casa ayudando á su padre, va á ser soldado.

La destruccion de los caminos dificulta los trasportes, los hace imposibles por algun tiempo; los artículos suben; Juan tiene que pagarlos más caros.

Cuando no hay seguridad completa ni en los caminos ni en las ciudades, muchos capitales se retiran; los que continúan en las especulaciones mercantiles é industriales sacan mayor rédito por el mayor riesgo y la menor concurrencia. Esto se traduce en carestía para Juan.

El que tiene tierras, el que fabrica el pan, el que vende la carne, el que teje el lienzo, el que hace los zapatos, se ven abrumados por las contribuciones, aumentadas para reparar tantos daños y mantener tantos soldados, y venden á Juan más caros por esta razon el pan, la carne y los zapatos.

Los ricos huyen de un país en que no hay seguridad, ni paz, ni sosiego; van á gastar al extranjero sus rentas; los capitales emigran ó se esconden; no se hacen obras, y Juan no tiene trabajo.

Implora la caridad pública; pero por la misma razon que hay poco trabajo, hay poca limosna, y ¡quién sabe si la caridad no se resfria para Juan diciendo que su desgracia es obra suya y mirándola como un justo castigo!

Enferma, y tiene que ir al hospital. La pobreza y el desórden del Estado se refleja allí de una manera bien triste; no hay ni lo más indispensable, y Juan sufre horriblemente y tal vez sucumbe de su enfermedad, que era curable, ó de una fiebre hospitalaria, consecuencia de la acumulacion y el abandono, la falta de caridad y de recursos.

Podria continuar haciendo la lista, larga, muy larga, de los males que caen sobre Juan á consecuencia del desórden, la penuria general, la necesidad de represion, la falta de confianza, de trabajo, etc. Podriamos ver las consecuencias de todas estas cosas, no sólo en él, sino en su mujer, en sus hijos. Podriamos mirarle arrastr ado al crímen por la miseria y la desesperacion, gemir en la cárcel ó perecer en el cadalso; pero no nos detengamos ante este horrible cuadro, que al cabo no seria más que una excepcion: basta la regla para demostrarnos con evidencia que en todo desórden, en toda penuria, en toda pública calamidad, los que más pierden son los que se dice que *no tienen nada que perder*.

Y á poco que reflexionemos, la verdad aparecerá con evidencia. El pobre tiene lo preciso, lo puramente preciso para no padecer hambre y frio; al menor trastorno, cuya consecuencia sea quitarle un dia de jornal, rebajar el precio de su trabajo ó aumentar el de los objetos que consume, su pobreza se convierte en miseria y carece de lo necesario. El rico pierde cien reales ó cien duros cuando él pierde un solo real; pero la falta de este real significa para el pobre carencia de pan; la falta de los cien duros significa para el rico la carencia de alguna cosa supérflua. El rico pierde á veces en los trastornos lo que necesita para vivir con lujo; el pobre lo que há menester para no morir de miseria. Es claro, evidente, que los que más pierden en el malestar y la penuria general son los que se dice que no tienen que perder.

Si el tiempo que se ha empleado en declamaciones huecas, absurdas ó fuera de tu alcance, se hubiera invertido, pobre pueblo, en enseñarte algunas verdades sencillas, sabrias que tú eres *el mayor contribuyente*; que cuando destruyes cualquier valor, tu propia riqueza destruyes; que cuando te esfuerzas por perder á los otros, trabajas para quedar perdido; y que cuando enciendes una hoguera para arrojar en ella los títulos de propiedad, has de apagarla indefectiblemente con tus lágrimas y con tu sangre.

Esto dice la ley de la historia; esto dice la ley de la necesidad. ¿Por qué te han dicho otra cosa?

No necesitabas ser docto ni aprender economía política para obrar en razon; todos sabemos lo bastante para ser justos: no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí: nadie puede alegar ignorancia de esta ley que Dios escribe en todos los corazones; ninguno la quebranta impunemente. Si el contraventor es un pueblo, el castigo es instantáneo y visible; si es un hombre, el castigo, si acaso no se ve tan pronto ó no llegamos á verle, es por lo limitado de nuestra vista, por

lo grosero de nuestros medios de investigar, no porque admita excepciones la regla eterna.

Las lecciones de moral son lecciones de historia y de economía política; créeme ¡oh pueblo!: al hacer mal, á ti es principalmente á quien has hecho daño.

III.

TUS ASPIRACIONES, TUS MEDIOS.

La línea de conducta justa y prudente de un pueblo, lo mismo que de un hombre, abraza dos partes:

Primera. El objeto que se propone.

Segunda. Los medios de conseguir este objeto.

Para que el hombre ó el pueblo sea cuerdo, es necesario que se proponga llevar á cabo cosas razonables por medios adecuados. No será difícil probarte ¡oh pueblo! que en muchos casos te han ofrecido bienes imposibles ó medios ineficaces para conseguir lo que puede realizarse.

Tus apóstoles de ahora tienen una marcada tendencia á ver el dolor como una consecuencia de las instituciones, como un pecado de los gobiernos, como una cosa fortuita y pasajera, no esencial á la naturaleza humana. Este es el primer error que han podido inocularte con facilidad, porque fácilmente se cree lo que halaga y consuela.

¿El hombre es perfecto? ¿No está lleno de pasiones, de caprichos, de miserias, de apetitos desordenados, de instintos brutales y á veces feroces? ¿Cómo ha de ser perfecta la sociedad, el todo, cuando están léjos de serlo las partes? Hombre, quien quiera que seas, examínate con sinceridad: toma nota de tus defectos y malas cualidades; haz lo mismo con las malas cualidades y defectos de todos los que conoces; reflexiona detenidamente, y dime si lo que te asombra no es que haya mucho mal en el mundo, sino que no exista más. El mismo bien no puede ser consecuencia más que de la suma perfeccion, y necesariamente hemos de estar tan léjos de ser completamente felices como lo estamos de ser enteramente perfectos. Un pueblo puede acercarse á la felicidad lo mismo que á la perfeccion; poseerla absolutamente, imposible. Esto en el órden moral.

En el órden físico quedarán siempre las enfermedades, los dolores y la muerte, que ponen de manifiesto la impotencia del hombre.

Hay y habrá siempre una suma de males irremediables, y que es preciso aceptar: el dolor no es, pues, pasajero y remediable, sino permanente y necesario. Importa comprenderlo así por dos razones: lo primero, porque la resignacion es una gran necesidad social; es imposible paz, prosperidad, progreso sin ella; lo se-

gundo, porque se malgastan en huir del dolor las fuerzas que debian emplearse en hacerle más llevadero; y como va siempre con nosotros, añadimos á sus males los de la fatiga y el cansancio.

Así, pues, lo primero que necesita hacer un pueblo, como un hombre, es convencerse de la imposibilidad de evitar cierta suma de dolor; resignarse á él, y con tranquilidad varonil emplear todas sus fuerzas en hacerle menor y más llevadero.

Está léjos esta disposicion de la que llegan á inspirarte esos tribunos que quieren hacer de la esperanza, en vez de una virtud, un sueño. Esto en el órden moral.

En el económico no sé cómo has de alcanzar á gozar mucho trabajando poco; cómo has de ser rico cuando la nacion es pobre, ni cómo has de tomar cuentas á los que no la dan buena de tu hacienda miéntras no sepas leer, escribir y contar. La riqueza supone trabajo inteligente; su buena distribucion, inteligencia y moralidad. Tus gobernantes no administran bien, convengo en ello contigo; pero la perfeccion de los gobernantes es consecuencia de la de los gobernados; en las cuentas que ajustes á tiros saldrás siempre perjudicado; y cuando pidas justicia, embriagado por el vino ó por la cólera, no la alcanzarás, porque inspirarás temor ó desprecio; y has disfrazado tu derecho de tal modo, que muchos no le reconocen y todos pueden fingir no reconocerle. Créeme: te engañan los que te prometen justicia ántes de enseñarte á tener dignidad.

Otro error grave es creer que el bien posible en cualquier esfera puede alcanzarse instantáneamente y no por grados.

Habias conseguido todas las libertades.

Se habian consignado y reconocido todos tus derechos.

La horrible contribucion de sangre habia desaparecido en muchos puntos; estaba amenazada en todos.

La de consumos, tan onerosa para ti, estaba abolida.

Tenias la seguridad de que la sal y el tabaco iban á desestancarse.

Todo esto tenias; todo esto habian conquistado para tí esos soldados que hoy combates y maldices.

Habia abusos, injusticias, cierto. Pero el reinado de la justicia absoluta es una quimera, y ni áun aquella que es posible alcanzar se logra sino por grados y muy paulatinamente. Una revolucion no es una trasformacion, ni trae inmediato el bien de los principios que proclama. Si la semilla necesita tiempo para germinar en el campo mejor preparado, aunque envie su calor el sol y sus aguas el cielo, ¿cómo brotarán en el instante los bienes de una idea en la sociedad donde tiene que combatir vicios, intereses, hábitos, pasiones é ignorancia? Los grandes beneficios de las revoluciones necesarias no los recogen los que las hacen; esta es tambien una leccion de historia que no debieran haber olvidado darte tus amigos. Una revolucion es más bien una obra de abnegacion que de egoismo. Tú has heredado los bienes que conquistaron tus padres; los que tú conquistas son para tus hijos.

Otro mal que has atribuido á los hombres estando en las cosas en gran parte es la falta de trabajo, consecuencia de la falta de capitales. La revolucion ha venido después de dos años en que no ha habido cosecha. En vez de entrar grandes sumas del extranjero por el sobrante de nuestros cereales, hemos tenido que in-

vertir en trigo y harinas muchos cientos de millones, cuya falta se hace sentir de mil modos.

Bajo el punto de vista político, tu sin razon es todavía mayor, porque no sólo quieres lo que es contra razon, sino lo que se opone á las tendencias de la época y á la marcha del mundo. Aunque la república federal hubiera vencido á los soldados, no habria podido triunfar del espíritu del siglo. La tendencia de las sociedades actuales es á formar grandes agrupaciones, y tú quieres desmembrar, triturar la nacion española. Digo *triturar*, porque conociendo el poco prestigio que aquí tiene la autoridad, los hábitos de insubordinacion, que ceden al temor más bien que á la idea de derecho; las rivalidades y envidias de pueblo á pueblo, propias de los que están atrasados y faltos de virtudes cívicas; muchos habian de desconocer la autoridad de la capital hoy de provincia, del Estado entónces, y puedes formarte una idea de lo que seria su prestigio por el que han tenido las juntas revolucionarias. ¿Qué razon hay para que Sevilla se separe de Madrid y Cádiz no se separe de Sevilla? Si la Coruña se declara independiente ¿por qué ha de depender de ella Santiago?

La ignorancia y la falta de virtudes cívicas dan por resultado, en vez de las combinaciones armónicas del interes bien entendido, los cálculos erróneos del egoismo. Con la república federal nacerian trabas nuevas en vez de romperse las antiguas; habria aduanas entre provincia y provincia, y entorpecimientos de mil géneros, tratándose como extranjeros los españoles, con el objeto de favorecer cada Estado á sus ciudadanos, con el resultado indefectible de vejar y perjudicar á todos.

La administracion de justicia, tan imperfecta, vendria á ser imposible, porque los criminales la burlarian completamente huyendo de un Estado á otro, en un país que no ayuda á la policía á descubrirlos y en que nadie toma interes por lo que conviene á todos.

La instruccion, cuyo nivel es harto bajo, descenderia más. ¿Qué escuelas especiales, qué centros científicos habria en los pueblos de provincia? ¿No saben todos los que de estas cosas se ocupan, que en España, por ejemplo, no se aprenden con perfeccion las matemáticas más que en Madrid? ¿Qué seria la enseñanza superior desparramada por todo el territorio? Nuestra vida intelectual no es bastante vigorosa para llegar á las extremidades, y apénas concentrándose puede existir en la cabeza.

La falta de ciencia en todos los ramos del saber constituye la mayor dificultad para la república federal, unida á la falta de virtudes cívicas. Todas las personas de todos los partidos dicen:—*Es una desgracia, no tenemos hombres eminentes.* Y cuando no hay nadie que desconozca esta triste verdad, se quiere la forma de gobierno que más hombres eminentes necesita. ¡No encontramos un hombre que se ponga á la cabeza de la nacion y hallariamos muchos que presidiesen los diferentes Estados! ¡No hay á veces siete hombres para ministros de España, y habria setenta para los Estados españoles!

Se dirá. No se necesita tanta capacidad para dirigir un Estado pequeño como una nacion grande. Es una equivocacion. No presenta mayor dificultad aplicar la ciencia del gobierno á 20 millones de habitantes que á dos, y aún es más difícil en este último caso.

La falta de virtudes cívicas se hace sentir más cuanto más se descentraliza el

poder. Los presidentes de los Estados serian otros tantos reyezuelos con su gobierno y su corte, y con más compromisos, miserias, debilidades, rencores, desaciertos, venganzas ruines, protecciones inmotivadas y despilfarros que el gobierno central. Todo se rebaja y se empequeñece descentralizando el poder en un pueblo sin ilustracion suficiente ni virtudes. Por no aceptar un jefe se tienen muchos tiranuelos, y en cambio de una dinastía hay tantas familias como Estados que se consideran omnipotentes, y que lo son para el mal, convirtiendo el país en su patrimonio.

La autoridad central se respeta un poco. Sus representantes valen algo más, ó no se conocen. Se teme, porque la rebelion de una provincia atrae sobre ella la fuerza de todas las otras; pero en una república federal, viendo la ineptitud y la inmoralidad de los jefes del Estado, suponiéndolos débiles, ¿qué razon habrá para no levantarse contra ellos cuando no se respeten ni se teman? Ninguna. Las rebeliones serán continuas y la guerra incesante. Cada partido apelará á los suyos en los Estados vecinos y la guerra se hará muchas veces general; sin contar con que la de aduanas podrá dejar de hacerse con aranceles, y que los intereses que se creen opuestos, cuando no tienen freno, vienen muy fácilmente á las manos.

La ignorancia, el despilfarro, el fraude, la anarquía y la guerra que hoy se suman en España, ascendiendo por desdicha á una cantidad crecida, se multiplicarian en la república federal componiendo una cantidad enorme. Así ¡oh pueblo! para multiplicar todas tus desdichas te has levantado en armas y derramado la sangre de tus hijos.

Tú ignorabas todas estas cosas; pero los que te han lanzado al campo no debian ignorarlas, porque el que tiene la pretension de enseñar tiene la obligacion de saber.

Desiste de tus aspiraciones imposibles,

Desiste de tus aspiraciones absurdas.

Resígnate con los males que están en las cosas.

No busques remedios violentos para los males que vienen de los hombres.

Esto nos conduce á hablar de los elementos que tienes para realizar aquellas de tus aspiraciones que son realizables.

El mal hace explosion, el bien se desarrolla paulatinamente. Hé aquí la ley; dura nos parece, pero es la ley inevitable, y seria locura emplear en una resistencia inútil la fuerza que necesitamos para la resignacion.

La sociedad es un compuesto de hombres y no puede obedecer á leyes opuestas á las que rigen á los componentes. Un hombre enfermo no se restablece sino por grados; un hombre criminal ó vicioso no se regenera en un dia; un hombre ignorante se instruye poco á poco. Lo mismo acontece á la sociedad. No pasa repentinamente del vicio á la virtud, de la ignorancia á la ciencia, y á la fuerza de la debilidad. En las tres esferas, de la moral, de la inteligencia y de la fuerza, las sociedades, como los individuos, avanzan gradualmente, y el que les promete transiciones violentas y pasar de las tinieblas á la luz, miente ó se equivoca.

Pero tú dices:—«En un dia rompo las trabas, grito viva la libertad, tengo un »arma para defenderla; soy libre.»—Hé aquí un gran bien instantáneo. En un dia, en una hora, un pueblo de esclavos se convierte en un pueblo de ciudadanos. Este es tu error; tu grave y desdichado error.

En un dia, en una hora, se proclama el derecho; á esto suele llamarse revolu-

cion, pero no puede realizarse este derecho hasta que se practica el deber; es decir, hasta que se *quiere* y se *sabe* practicar. El derecho de un hombre supone un deber en otro; miéntras los ciudadanos no quieran y sepan llenar sus deberes, no puede pasar á la práctica la teoría de sus derechos.

Tú habrás visto alguna vez esas ruedas que encajan unas en otras, que *engranan*, como se dice en términos técnicos: cada ángulo saliente de la una corresponde á un ángulo entrante de la otra, y giran *tocándose* siempre, pero sin *chocarse* nunca. Lo mismo sucede en la máquina social. Si el ángulo saliente de tu derecho no encuentra hueco en el ángulo entrante del deber de otro, cada línea que se avanza produce un choque y un gran rozamiento; vas dejando una parte de tu derecho en cada resistencia, y al poco tiempo la rueda de los derechos y la de los deberes, en vez de girar en movimientos armónicos, se paran destruidas á fuerza de choques. Un pueblo que tiene muchos derechos no es ni más ni ménos que un pueblo que sabe *cumplir* muchos deberes. Ya se comprende que no es una misma cosa revolucion y libertad.

¿Qué es libertad? ¡Qué de ideas confusas, erróneas, insensatas, envuelve con frecuencia esta palabra! Y, no obstante, es cosa muy fácil definir bien la libertad. Libertad es justicia. En el momento en que eres injusto, tu libertad se ha convertido en licencia.

¿Y qué es la justicia? *No hacer á otro lo que no quieres que te hagan á tí*; de modo que un hombre libre es el que, al ménos en la esfera legal, no hace á nadie lo que no quiere que hagan con él.

—¡Cómo! dirás tú: esa libertad tan brillante, tan pomposa, tan fácil, que me predican en la plaza pública famosos oradores, ¿es una cosa tan sencilla y tan austera como el cumplimiento del deber? Ni más ni ménos; de modo que un pueblo no puede tener de libre más que lo que tenga de honrado: es regla que no admite excepcion.

Se me olvidaba decirte una cosa importante. Como en aquella máquina de que te hablaba hace poco, para que funcione bien no basta que las ruedas engranen perfectamente, sino que hay que echar alguna grasa en los centros, así en la organizacion social no basta la justicia; se necesita tambien la caridad: es el aceite sin el cual hay muchos rozamientos, por bien hechas que estén las ruedas.

La libertad es, pues, justicia y benevolencia.

Como en un dia un pueblo no tiene voluntad firme de ser justo ni aprende á serlo, no puede entrar en pleno goce de su libertad, y solamente á medida que va cumpliendo lo que debe puede hacer la reclamacion de que se le cumpla lo que le es debido. Las reformas no son un regalo, sino una necesidad que impone la opinion, y sus beneficios no recaen sobre ningun pueblo que no los merezca. Para que las leyes justas se apliquen con equidad es preciso que haya una atmósfera de equidad y de justicia que no existe arriba si vienen de abajo emanaciones mefíticas.

La revolucion puede ser cuestion de fuerza; la libertad es cuestion de derecho, de justicia, de ciencia, de virtud. ¿Para qué sirven esas masas armadas de hombres del pueblo? Para alimentar temores que le perjudican y esperanzas que le pierden porque busca la seguridad donde halla el peligro, y la fuerza donde no puede estar. Para hacer libre á un pueblo lo que hay que enseñarle es el ejercicio de la razon, no el del fusil. Las cuestiones de derecho, no nos cansaremos de repetirlo, son

cuestiones de deber, y miéntras no se pruebe que un hombre es mejor y más ilustrado teniendo en casa un fusil, no se probará que las armas en manos del pueblo sirven para defender la libertad.

¡Las armas! ¿Cuándo nos convenceremos de que detrás de una masa de hombres armados hay siempre un error, un crimen ó una debilidad? ¿Cuándo nos convenceremos de que la opinion es la verdadera guardadora de los derechos, y que los ejércitos la obedecen como el brazo á la voluntad? ¿Cuándo enseñaremos al pueblo que las cadenas se rompen con ideas y no á bayonetazos, que ese fusil con el que imagina defender su derecho se cambia fácilmente en auxiliar de su colera, y que desde el instante en que se convierte en instrumento de la pasion allana los caminos de la tiranía?

¡Oh pueblo! Bien podian tus amigos ilustrados darte sobre este punto algunas lecciones de historia, para añadir á la fuerza de los razonamientos la autoridad de los hechos.

El pueblo inglés ha sido libre sin estar armado.

Fernando VII arma al pueblo español y le esclaviza.

Los Federicos hacen del pueblo prusiano un pueblo de soldados que obedecen á la consigna y no reclaman derechos.

Napoleon III impone su voluntad á la Francia, cuyo pueblo queda armado; encadena la prensa, pero no desarma la Milicia; sabe muy bien que el enemigo de la tiranía no son las bayonetas, sino las ideas.

Este mismo pueblo español, armado y esclavo bajo Fernando VII, ha conservado algunos derechos y cierto grado de libertad después de las diferentes reacciones en que se ha desarmado la Milicia. Después de la del año 56, ¿por qué hubo Representacion nacional y prensa más ó ménos libre? ¿Cómo, desarmado el pueblo, no se le arrancaron completamente sus derechos con sus armas? La opinion los guardaba; ella dice al despotismo lo mismo que á la libertad.—No pasarás de aquí. Las armas en manos del pueblo hoy no sirven para defender la libertad y pueden comprometerla.

Las costumbres se suavizan; la instruccion, aunque muy despacio, se extiende; las clases educadas tienen cada vez ménos aficion á coger un fusil, y ven más ó ménos claramente que su fuerza está en su derecho comprendido y razonado, y no en su fusil. La Milicia ciudadana, que el año 20 se componia de *señores* y gente muy acomodada, ha ido viendo desaparecer la aristocracia y la clase media de sus filas, donde forman hoy casi exclusivamente las últimas clases del pueblo. Hay excepciones, pero la regla es que los voluntarios de la libertad son artesanos, personas de quienes se dice, y que tal vez creen ellas mismas, *que no tienen que perder*. Suele mirarse esto como un mal, y sin negar los inconvenientes pasajeros de este hecho, creemos que es progreso, un gran bien. La apelacion á la fuerza bruta, la idea de que en ella estriba el triunfo de las ideas es rechazada por la masa cada vez mayor de los hombres que piensan, y va á refugiarse en la masa del pueblo, generalmente ignorante. Repugna cada vez más la teoría y la práctica de que sea preciso coger un fusil para hacer triunfar una idea, y que para ser libre debe admitirse el yugo de una disciplina militar. Un hombre ilustrado, un hombre de ciencia, comprende que puede hacer más por la libertad combatiendo el error, que manejando un sable y poniéndose á las órdenes de un hombre tal vez grosero é ignorante.

La razon y las costumbres rechazan cada vez más en las clases educadas la teoría y la práctica de defender la libertad formando parte de la Milicia ciudadana. Y, no obstante, estas clases, que parecen inútiles para el sostenimiento de la libertad, son el único obstáculo que halla al despotismo, cuando el pueblo desarmado ya no puede impedir la dictadura militar. Las instituciones como las plantas necesitan para vivir una atmósfera apropiada, y en la que forman las clases ilustradas cuando son bastante numerosas no vive, aunque se plante, el despotismo incondicional y ciego.

Así, pues, es un verdadero progreso que las clases más ilustradas no recurran á las bayonetas para defender sus derechos; es una prueba de su fuerza, así como lo es de debilidad en el pueblo su afan de empuñar las armas. El pueblo es y se siente débil; por eso se arma, por eso grita; la fuerza es más confiada y más tranquila.

Las armas en manos del pueblo son cada vez más impotentes, separadas de la ilustracion y de la inteligencia, que, por punto general, no forma en las filas populares. Esto es una gran causa de debilidad, por el prestigio que quita á la Milicia ciudadana, y por el riesgo en que la pone de ser instrumento ciego de fanáticos, de ambiciosos, ó de tomar consejo de la ira y lanzarse á hechos culpables é insensatos.

Otra causa de inferioridad para la lucha es que las costumbres no se suavizan sólo en las clases elevadas, sino en el pueblo todo; cada vez hay ménos disposicion á arriesgar la vida para dar la muerte, lo cual es una gran desventaja cuando se recurre á la fuerza. Se dirá que esta disposicion se extiende al soldado, y las condiciones quedan iguales; pero no es cierto, porque el soldado vence su natural instinto por temor del castigo, temor que el voluntario no tiene.

Ademas, la guerra aplica las ciencias, y es un arte que se perfecciona más cada dia. El ejército se dedica á aprenderla y la sabe: es su única ocupacion; la Milicia no puede conocerla sino imperfectamente. En las sociedades primitivas, sin táctica y con armas groseras, se improvisa el jefe y el soldado; ahora necesitan formarse. A medida que un pueblo se civiliza y el arte de la guerra se perfecciona, necesita más tiempo para aprenderse, y se practica con más desventaja cuando no se sabe.

Así, pues, la Milicia ciudadana, en el terreno de la fuerza, es más débil cada vez:

1.° Porque está casi aislada de la ilustracion y del saber.

2.° Porque la rudeza de las costumbres se suaviza y hay ménos hombres que voluntariamente se presten á arriesgar su vida para dar la muerte.

3.° Porque tiene una gran inferioridad material con la falta de pericia.

—Luégo estamos á merced de los soldados, se dirá. No hay contrapeso, no hay equilibrio. Si la Milicia no puede nada, el ejército lo puede todo, y es preciso decir adios á la libertad. Los militares no quieren más que grados y empleos; por alcanzarlos derriban los gobiernos ó los tronos.

Esta opinion es de las más generalizadas, y hay pocas verdades que tengan tanto crédito como estos errores: lo que se ha dado en llamar el *militarismo* se mira como una causa cuando es solamente un efecto.

En el estado actual de la sociedad es tan absurdo llamar al ejército *opresor* como llamarle *libertador*; entrambos nombres recibe, y es lógico, partiendo de que la libertad es una cuestion de fuerza y no de derecho; un don que se recibe y no un bien que se merece; partiendo, en fin, del principio de que la libertad es

otra cosa que la justicia. Un ejército ganando una batalla, ¿puede hacernos justos? Seguramente que nó. Pues tampoco puede hacernos libres. La libertad es, como ya hemos dicho, obra de la ilustracion y de la virtud de un pueblo; no un presente que puede recibir de sus soldados.

Los militares, como los hombres todos, no obran ni por sólo su interes, ni prescindiendo de él. Apénas se encuentra malvado tan monstruoso que prescinda *siempre de todo* ménos de su interes; apénas hay criatura cuya abnegacion la lleve á no mirar su interes *para nada*. El hombre crece en maldad á medida que sacrifica más deberes y más sagrados á su interes. Un criminal roba por interes; otro mata. Pero el mismo malvado que mata por dinero á una persona extraña, no mataria á su padre, no mataria á su hijo; de modo que áun para los hombres más perversos llega un momento en que su conciencia es más fuerte que su interes.

Y si entre los presidiarios no se hallan criaturas que obren sólo á impulsos interesados, ¿existirá entre los militares esta monstruosidad? Poco basta reflexionar para responder negativamente.

Dejando aparte alguna rara excepcion, que nada significa, la conducta de los militares, como la de los paisanos, es el resultado de su interes, de sus pasiones, de sus ideas y de su conciencia. Un oficial entrega una plaza al general Narvaez, al general O'Donnell ó al general Serrano, y toma un grado; pero aunque le dieran dos, ni aunque le dieran veinte, no entregaria esta misma plaza al extranjero, ó se pasaria al moro con su tropa aceptando el dictado de traidor. Quiere su interes, pero dentro de ciertos límites y cuando sea compatible con su honra. Dentro de ellos, y en igualdad de todas las demas circunstancias, preferirá entregar la plaza á los que sean de su opinion; de modo que el impulso del interes está limitado en el órden moral y dirigido en el intelectual, y cuanto esté más moralizada y sea más inteligente, el impulso será más noble y la direccion más acertada.

Cuando los conspiradores quieren promover una insurreccion militar en sentido liberal, ¿qué hacen? Dirigirse primeramente á los jefes y oficiales cuyas opiniones avanzadas conocen ó suponen. Cuando el gobierno teme que se insurreccione la tropa, ¿qué hace? Dejar de reemplazo á todos los jefes y oficiales cuyas ideas le parecen en armonía con las que quiere proclamar la insurreccion. Prueba que unos y otros comprenden y saben que no basta el interes sólo para sublevar el ejército. Y esto en la suposicion ménos favorable á su moralidad. Hay muchos casos en que el oficial ó el jefe son impulsados sólo por una idea, sin que medio interes alguno y con riesgo de su vida: ejemplo el malogrado y caballeroso Solís; ejemplo más reciente toda la armada española, que no ha aceptado de la revolucion, que ha hecho, recompensa alguna.

El ejército no vive aislado en una campana neumática, inaccesible á la atmósfera de las ideas; la opinion le rodea, le penetra y le dirige, ó mejor dicho, él forma parte de la opinion del país. No hay ningun general carlista; hay un general republicano; hay muchos generales unionistas, progresistas y moderados; si pudiera compararse el número de los que pertenecen á cada partido con lo que la opinion de cada partido puede, se veria con asombro que el ejército la representa más veces que la oprime, y que cuando se extravía es cuando ella está extraviada. ¿Qué hace el ejército separado de la opinion? Lo que hizo O'Donnell después de Vicálbaro y Prim ántes de refugiarse á Portugal.

La escaramuza de Alcolea, ¿hubiera bastado para vencer una gran parte del ejército español si la opinion no le hubiese vencido? ¿Por qué Cárlos VII, mandando tantos despachos, no ha tenido una sola compañía? ¿Por qué no la tendrá Isabel II aunque ofrezca fajas y entorchados? Porque la opinion la rechaza. Ilustremos esa opinion; rodeemos el ejército de una atmósfera de razon y de moralidad; hagámosle respirar las auras de la virtud y de la ciencia, y no será obstáculo para las cosas justas, ni profanará las cosas santas.

En un país ignorante, ¿el ejército ha de ser ilustrado? En un país con poco amor al trabajo, ¿el ejército ha de querer trabajar mucho? En un país egoista, ¿el ejército ha de ser siempre un modelo de abnegacion? Muchas veces la tiene, y sufre y lucha y muere por el deber y por el honor, dando de virtud más ejemplos que recibe. Esto lo escribimos porque así nos lo dicta la justicia, y precisamente contrariando la antipatía que hemos sentido siempre por el ejército como institucion. Hay antagonismo entre su organizacion y su manera de sér, y nuestros principios, nuestras ideas y hasta nuestros hábitos intelectuales; pero las cosas no se han de juzgar con el gusto, sino con la razon, y ella dice que lo que se llama militarismo es un efecto y no una causa; que los militares reciben el impulso de los mismos móviles que todos los demas hombres; que obedecen á la opinion, no la tiranizan: y que para que el ejército se mueva por nobles impulsos y se dirija á buenos y altos fines, no hay más que un medio, y es que la masa de la nacion haga lo mismo. Cuando el sacerdote, el letrado, el ingeniero, el médico, el comerciante cumplan con todos sus deberes, ¿faltará á ellos el militar? Imposible. Cuando todas las clases falten á la justicia, ¿la defenderá el militar? Imposible tambien.

Esa preponderancia del militarismo no es más que la necesidad que las sociedades sienten de órden, y el hecho inevitable de que tenga que someterse muchas veces á la fuerza bruta el pueblo como el hombre, que muchas veces tambien se sustrae al imperio de la razon.

¿Están en el interes del ejército las reformas consecuencia de la revolucion? ¿Qué le importan los derechos individuales, de que no disfruta, ni la libertad de cultos? ¿No es contra sus tendencias y sus intereses la unidad de fuero y el derribo de las murallas? Vencedor de las armas, es vencido por las ideas.

La tiranía supuesta del ejército, como todas las tiranías, y hoy en España más que ninguna, es la consecuencia de la ignorancia y de los vicios del pueblo.

Convéncete, pues, ¡oh pueblo! de que tu fuerza está en tu derecho: hazle valer con moderacion y constancia. Cuando te he visto pasar en Madrid inerme, mesurado, silencioso, manifestando tu opinion, he tenido esperanza de tu triunfo. Cuando he sabido que en Valencia y en Zaragoza corrias á las armas, ni un momento he dudado de que serias vencido.

Después de tu derrota todavía quieren consolarte con una ilusion engañosa, como si los consuelos del error no pagaran un terrible rédito de lágrimas. *La idea no muere*, te dicen; *la tentativa que salió mal hoy, saldrá bien mañana*. No es cierto. Las ideas, como los hombres, mueren cuando no tienen condiciones de vida.

Sobre esto podrian haberte dado tus amigos alguna otra leccion de historia. La idea de la república ha resucitado en Francia para volver á morir, porque los franceses no son bastante ilustrados ni tienen virtudes cívicas para que se arraigue entre ellos esta forma de gobierno. Por la misma razon, y en mayor grado, son los españoles incapaces de establecerla. La idea de la república morirá, si no

ha muerto; morirá al ménos para este siglo, que en la práctica es como decir que ha muerto. Prediquenla como un bello ideal sus amigos, y les haremos coro; formen escuela, y seremos de ella; pero no es posible apoyarla en forma de partido que pretende que el fuego de las pasiones es calor apropiado para anticipar la madurez de las ideas. La naturaleza, se ha dicho, *no procede por saltos*; la sociedad tampoco; por escalones, y muy graduados, se van elevando los pueblos.

¿Qué ha de hacer un pueblo para prosperar? Lo mismo que debe poner en práctica cada uno de los hombres de que se compone. La buena política no es más que buena moral.

¿Y crees ¡oh pueblo! que es de buena moralidad herir hoy sin compasion á tus amigos de ayer, y arrebatado y furioso, y sin apurar, ni intentar siquiera los medios legales de defender tu derecho, disparar tus armas contra el ejército que llamabas *libertador*, y que te las habia puesto en la mano? ¡Quiera el cielo apartar de tu cabeza la maldicion que tal vez te ha dirigido el soldado de Alcolea al morir inmolado por tí en Valencia ó en Zaragoza!

CAPITULO II.

A LOS VENCEDORES.

No voy á pediros clemencia; es natural que la tenga el que triunfa y no es vil. Ademas, no está tanto como tal vez creeis en vuestra mano el negarla. Gracias sean dadas mil veces á Dios, la opinion la quiere, y necesariamente habeis de ser los cumplidores de su voluntad. Los capítulos del Código penal que tratan de rebelion y sedicion están en su mayor parte abolidos por ella. Ni O'Donnell, ni Narvaez, ni Prim han podido aplicarlos. Es un progreso, un verdadero progreso. La conciencia pública rechaza cada dia más la pena de muerte por delitos políticos, y se llama *carnicería* á esas ejecuciones numerosas que en otro tiempo se llamaban *justicia*.

Vencedores que no podeis resistir á la opinion, que formais parte de ella y á quienes repugna la crueldad; la gracia es fácil, y se la hareis á los vencidos: lo que es difícil que les hagais, muy difícil, es justicia completa.

La justicia, que es hija de la verdad, no puede ser consecuencia del error, y hay que combatirle para defenderla. Un error muy acreditado hoy es que los republicanos federales se han levantado como acometidos de una especie de vértigo; que lo que pretendian principalmente de un modo ó de otro era apoderarse de lo ajeno.

¿Cuántos republicanos se han levantado en armas? Difícil, imposible seria averguarlo con exactitud, ni áun con aproximacion. Quién dice que han llegado á

50.000, quién juzga este número corto y los hace subir á 70.000 y aún más. Hagamos el cálculo muy bajo; supongamos que todos los rebeldes que han combatido y que no han llegado á combatir, no pasan de 20.000 hombres.

Veinte mil hombres en el último tercio del siglo XIX, en un pueblo civilizado y cristiano, no se levantan por robar: esto es absurdo, es calumnioso, es mentira.

Veinte mil hombres en ningun país, en ninguna época se levantan sin motivos graves, sin causas profundas; pensar que grandes masas populares corren á dar y recibir la muerte por un capricho, con un pensamiento criminal ó empujadas solamente por la voz de algunos oradores, es como creer que las tempestades del Océano tienen su orígen en el aura, que suena mucho cuando pasa por las cañas. Es como declarar á un pueblo intratable, para tratarle como mejor plazca, y demente para hacerse cargo de la admnistracion de sus bienes. La mayor de las insensateces es pensar que puede ser tanto el número de los insensatos.

No creemos que la voz del pueblo sea la voz de Dios; pero no creemos tampoco que el pueblo se levante obedeciendo sólo á la voz de Satanás, y que donde hay miles de hombres no haya ningun sentimiento noble, ninguna idea exacta, ningun principio justo. Esto, que no sucede en un presidio, ¿podria acontecer en un pueblo? Seduce nuestra pereza la comodidad de esos fallos que sin distincion lo condenan todo; halaga nuestra cólera ver allanados todos los obstáculos, y poder aborrecer en conciencia al enemigo que no tiene asomo de razon; tranquiliza nuestro temor ver en nuestros adversarios la debilidad, inseparable de la locura, pero no se resuelve ningun problema social sustituyendo la calumnia á la justicia, ni se destruye el derecho de los vencidos al sepultar sus cadáveres.

La gran mayoría, la casi totalidad del ejército republicano pertenece á la última clase del pueblo: ¿es ella la sola responsable de sus errores, de sus extravíos y de sus iras? ¿No hay un enlace entre todas las clases sociales, una reflexion múltiple entre ellas, una respiracion simultánea, una absorcion inevitable para todos de las emanaciones que todos exhalan? El pueblo acusa injustamente al ejército de opresor y tirano; las clases elevadas acusan injustamente al pueblo, haciéndole el único responsable de sus faltas y de sus crímenes. Antes de examinar la parte de responsabilidad que le toca, veamos de dejar reducido el todo conforme la verdad manda, sin hacernos eco del temor ni de la esperanza, de la cólera ó de la ligereza, del espíritu de partido ó del cálculo.

Reprensibles, deplorables, dignos de eterno dolor y execracion son los crímenes cometidos en algunos pueblos al grito de ¡Viva la república federal! Pero los crímenes y los desmanes, ¿son tantos como han publicado los periódicos y creido el público?

Los periódicos dicen lo que oyen ó lo que inventan, y dan crédito á veces á corresponsales que no le merecen. Con frecuencia, para asegurar que una cosa es cierta, se dice—los periódicos lo han dicho y nadie lo ha desmentido,—y la cosa es absolutamente falsa, así como hay muchas verdaderas que el público debia saber y se callan. La pereza y la poca importancia que se da á la opinion combinadas, dan por resultado no denunciar al público grandes abusos ni tratar de sacarle de grandes errores. Citaremos un ejemplo.

En un periódico de mucho crédito, que dicen ser el que tiene su redaccion mejor organizada, se lee hablando de los sucesos de la Coruña del 14 de octubre próximo pasado, después de una porcion de inexactitudes, el párrafo siguiente:

«.....los propietarios están en una situacion muy angustiosa. Se ha hecho »creer en muchas comarcas á los colonos que se iba á proclamar la república, y »que con ella quedaban exentos de pagar la renta. No han percibido, pues, hasta »ahora *ni un grano de trigo* la mayor parte de aquellos, y á algunos se les han »presentado sus mismos colonos manifestándoles su buena voluntad, pero que »*temian una venganza* si les veian cargar y llevar la renta á su destino.»

Esto se lee en un periódico tan autorizado como *La Epoca*; esto pasa sin que nadie lo desmienta, que sepamos, y esto no es cierto. Los lectores de *La Epoca* y de todos los periódicos que copien el citado párrafo tendrán por cosa segura que en la provincia de la Coruña *la mayor parte de los propietarios no han percibido ni un solo grano de sus rentas*, y que los arrendatarios de buena voluntad no pagan por temor *de la venganza de los que no quieren pagar*; tendrán por cosa segura que el comunismo se ha establecido de hecho, quedando la propiedad reducida á una teoria sin práctica; tendrán por cosa segura que el pueblo de los campos, pronto á unir el homicidio al robo, amenaza de muerte á los que paguen á los propietarios las rentas que les son debidas; y teniendo por seguras todas estas cosas, tendrán tambien por cierto que es necesario oponer la fuerza á los que hollan el derecho, y que con razon está la provincia declarada en estado de sitio.

Escribimos estas lineas en la provincia de la Coruña; hemos preguntado á varios propietarios *que han cobrado sus rentas como siempre*; algunos *dicen* que tienen más dificultad, y *una sola persona* se cita á quien ha negado un colono la renta, fundándose en que se habia utilizado bastante tiempo de aquellos bienes, y que ahora le tocaba á él. Esta persona acudió al juzgado, y el comunista ha sido arrojado del *lugar*, como aquí se dice, quedando en la miseria, que probablemente no irán á socorrer los que le han extraviado. Este es el único hecho que se nos ha citado; que le creemos, pero no lo sabemos por la persona á quien ha sucedido. Nos parece bien advertir que aquí y en Madrid, y en otros puntos, hemos oido afirmar que los pobres hablan de repartirse los bienes de los ricos, y de que les tocará esta casa ó aquella tierra; pero nosotros ni ninguna persona de las que tratamos y nos merecen entero crédito *no han oido á los pobres* semejantes cosas. No negaremos por eso que las hayan dicho, pero sí que sean tan generales estos errores como muchos creen y otros quieren hacer creer. Lo que parece por algunos darse como regla debe ser una rara excepcion.

Excepcion es tambien en la provincia de la Coruña lo que como regla quiere darse, y en cuanto al *terror* inspirado á los colonos que quieren pagar por los que no pagan, no hemos podido hallar vestigio alguno de él y le tenemos por obra de la imaginacion.

Hay mucha exageracion, y, hablando sin rodeos, mucha mentira en las ideas erróneas que se atribuyen al pueblo con respecto á la propiedad y á los ataques de que ha sido objeto. Ladrones habrá que les haya parecido buena ocasion de robar al grito de ¡Viva la república! Desmanes se habrán cometido, inseparables compañeros de la guerra; exacciones, hijas unas veces de la necesidad de vivir, de la codicia otras; pero por esto ¿debe decirse que el pueblo se ha levantado para apoderarse de lo que no era suyo? ¿Se rebelaron los zaragozanos por robar? ¿No han respetado religiosamente las propiedades los insurrectos de Valencia? Pobres eran, armados estaban, á su disposicion tenian la rica ciudad; ¿y qué han hecho esas turbas indisciplinadas? Escribir en las barricadas: PENA DE MUERTE AL

LADRON. ¿Quién mandaba allí para enfrenar de ese modo los malos instintos de la plebe? ¿A qué jefe ha obedecido esa gente de la huerta de Valencia, tan temible, segun se decia, desde el momento en que no tuviera más ley que su voluntad? El jèfe que ha prohibido en Valencia robar, y ha sido respetuosamente obedecido, es el sentimiento moral, es el honor, sí; el honor, que se puede tener sin llevar levita, y no es ya, gracias á Dios, un privilegio de los caballeros. En medio de tanta desolacion y espanto, consuela ver á los insurrectos de Valencia respetar el sentimiento religioso, la propiedad y los prisioneros. El pueblo se ha extraviado, ha sido culpable, pero no vil.

¡Valencia desolada! En medio del dolor que causa tu desdicha es consuelo ver que ni el honor, ni la fe, ni la caridad abandonaron tu recinto; ver á tus asociaciones caritativas socorriendo á los pobres en medio del fuego; á tu venerable pastor buscando sin descanso paz y clemencia; y, siguiendo la misma suerte que el desolado rebaño, no abandonar tus muros. Respeta en tu prosperidad al que te ha dado tantas pruebas de amor en los dias de infortunio; hónrale miéntras viva, y cuando muera acompáñale con lágrimas y pon sobre su tumba una corona con estas palabras: *Valencia á su buen prelado.*

Dejando reducidos los excesos del pueblo á sus justas proporciones, veamos si es el solo responsable de ellos.

Advertiremos que al dirigirnos *A los vencedores* no entendemos tan sólo los partidos que hoy disponen ó participan del poder, sino todos los que en la última campaña contra el pueblo estaban moralmente frente de él para acusar sus excesos, exagerar sus extravíos y celebrar su derrota: por vencedores entendemos aquí las clases medias y elevadas; veamos si no tienen alguna parte en los desmanes del pueblo y en la insurreccion federal. Pasemos revista á los principales cargos que se dirigen á los vencidos.

PRIMERO. *El pueblo tiene poco respeto al derecho de propiedad.*—Ya hemos dicho que en esto hay grande exageracion bajo un punto de vista general, aunque haya excepciones aisladas como las hay en todo. Ademas, si existe esa falta de respeto, no es exclusivo de las clases pobres á quienes se atribuye.

SEGUNDO. *¿El pueblo es grosero, soez, escandaliza con su cínico lenguaje?*—Y la clases media y elevada, ¿usan de un lenguaje muy pulido y decoroso? ¿No da asco oir á veces á los señoritos y á los señores; no dan vergüenza sus palabras obscenas, libres cuando ménos, y el poco respeto con que tratan á las personas del otro sexo, y el ningun decoro con que manifiestan su opinion acerca de la belleza de la mujer honrada que encuentran en la calle, ó en la casa respetable á donde van de visita? ¿Cómo os atreveis á llamar grosero al pueblo vosotros, aristócratas que en los bailes os arrebatais los manjares para comerlos, y quizá para guardarlos? El tiene en su hambre la disculpa que en su gula no podeis hallar vosotros.

TERCERO. *El pueblo es ignorante y no quiere instruirse.*—Y vosotros que componeis la gran mayoría de la clase media y elevada, ¿sabeis mucho? ¿No causa dolor y vergüenza el ver vuestra ignorancia y el oiros hablar de tantas cosas que no entendeis, y resolver tantas otras que no conoceis, que debiais conocer, que os pagan para que las conozcais? ¿No es una excepcion entre vosotros, clase media y elevada, el que sabe lo necesario para desempeñar bien su destino, su cátedra, su profesion, sea la que fuere? ¿Y teneis más voluntad de instruiros que el pueblo, vosotros los que teneis más medios, más estímulos, más obligacion de instruiro

que él? Y si estais instruidos, ¿por qué no procurais sacarle de su ignorancia los que estableceis universidades nuevas y dejais morirse de hambre á los maestros de primeras letras? ¿Cómo han de salir las artes y los oficios de la rutina miéntras no lleveis á ellos el soplo de vida de la ciencia?

Cuarto. *El pueblo se extravía, está lleno de errores peligrosos.* Sin duda. ¿Pero qué habeis hecho, clases elevadas, para combatir esos errores? Cuando se ha levantado una voz que propagaba errores ó excitaba las pasiones, ¿habeis alzado la vuestra para combatirla? ¿Qué esfuerzos haceis para instruir al pueblo los que le tachais de ignorante, ni para encaminarle bien los que le acusais de que se extravía? ¿Cumplís como buenos encerrándoos en vuestras casas, sin llevar una piedra, ni un grano de arena para encauzar ese rio que se sale de madre? ¿Cumplís como buenos facilitando, con la complicidad de vuestro silencio, esos grandes atentados contra la justicia y el buen sentido, que fueron teorías erróneas ántes de ser hechos criminales? Si érais los más, como lo sois realmente, ¿por qué no habeis sofocado la voz de unos pocos, que no era poderosa sino porque resonaba en el silencio? ¿Por qué habeis visto cargar la mina sin hacer otra cosa que calcular á qué distancia bastaria colocarse para no recibir daño en el momento de la explosion? Vuestros adversarios tenian por auxiliar la pasion, decís: es cierto; pero han hallado otro más poderoso en vuestra apatía y vuestro egoismo. ¿Por qué desconfiar tanto de las pasiones populares, y confiar tan poco en los grandes y nobles instintos del pueblo, en el sentimiento de la justicia, que puede adormecerse un momento, pero que no muere nunca? Culpables son, muy culpables, los que han llevado al pueblo por las vias del error; pero no están exentos de culpa los que le han visto pasar, cruzados de brazos, mirándose entre si con una sonrisa desdeñosa ó un gesto desaprobador y sin alzar la voz para advertirle que se extraviaba.

Quinto. *El pueblo es irreligioso; son esas masas descreidas las que trastornan el órden y ponen en peligro la sociedad.* Cierto que el pueblo cree poco; pero las clases elevadas ¿creen mucho? ¿Basta para dar ejemplo de piedad invocar la religion por cálculo con los labios y desmentirla cínicamente con las acciones? ¿Quién ha de dar crédito á esa fe sin obras? Mejor seria que no invocasen la religion que desacreditan esos hombres cuya descarada hipocresía hace tanto daño á ellos mismos y á la sociedad. Hay creyentes sinceros en las clases elevadas, es verdad; no se extingue nunca el fuego sagrado, pero la mayoría de los hombres es indiferente; la religion forma parte de su sistema político, y la defiende ó la acusa hasta donde conviene á su escuela ó á su partido. Pero aunque no tengan fe ni practiquen ningun deber religioso, hay hombres de órden que no dejan de gritar: *¡escándalo!* cuando alguno se atreve á decir lo que ellos hacen; y no dejan de acusar al pueblo de impío, y de señalar como una de las principales causas de sus desmanes la falta de creencias. ¡Pretension absurda! Hay un medio de disminuir la impiedad del pueblo y avivar su fe, y es que la tengan y que la prueben con sus obras las clases elevadas. El buen ejemplo: hé aquí el gran misionero cuya voz será escuchada.

Sexto. *El pueblo es holgazan.* La acusacion no es calumniosa en muchos casos, pero deben tomar la parte que les corresponde las clases todas. Si el obrero pierde el tiempo llevando despacio una espuerta casi vacía, el estudiante no le gana jugando al billar ó tomando el sol; ni el empleado yendo tarde á la oficina, donde á veces hace poco y mal; ni todos los que se dedican á las demas profesiones, trabajando con frecuencia muy poco, y faltando á su deber por no querer trabajar. Esto

se ve no sólo en la plaza y en el taller, sino en la secretaría, la cátedra y el templo. Es un gran pecado que el pueblo no trabaje, pero es un pecado no menor que huelguen las clases acomodadas.

Errores en el órden intelectual, culpas en el órden moral han preparado en el órden político la última insurreccion. Si en la esfera moral é intelectual hay derecho á dirigirse á todas las clases, en la esfera política debe hablarse sólo á ciertos partidos, y en ella *los vencedores* son los que están en el poder, los que mandan ó influyen poderosamente desde la revolucion.

Cierta parte del pueblo en España mira desgraciadamente siempre como su enemigo al que manda. Se somete cuando es más débil; se rebela cuando se cree más fuerte, pero detesta siempre al que está arriba: autoridad y abuso, poder y opresion son cosas que para él se confunden. De los gobernantes á los gobernados no existen relaciones benévolas; por abajo hay resistencia, por arriba arbitrariedad; ni el que manda ni el que obedece es fuerte cuando no tiene de su parte más que el derecho, y en todo caso la fuerza decide en última instancia. La historia explica claramente todo esto: la brevedad exige que demos el hecho sin explicacion.

La revolucion estalla; se le dice al pueblo que es el remedio de sus males; que todo va á cambiar de aspecto; el pueblo lo cree porque ignora que el bien no tiene fuerza explosiva, y porque es natural creer sin mucha investigacion lo que se desea y se necesita. ¡Qué cosa más natural y sencilla para quien sufre que el consuelo!

El pueblo vió desde luégo suprimida la contribucion de consumos; pero ¿qué era esta ventaja para las que le habian hecho esperar y él esperaba? Sus aspiraciones eran de tres clases:

Legítimas.

Prematuras.

Absurdas.

Los vencedores no han satisfecho las aspiraciones legítimas del pueblo, que con su lógica apasionada veia en las faltas argumentos en favor de los delirios.

Han continuado todos los abusos; algunos han crecido á la sombra de la revolucion, palabra mágica que para algunos motiva y áun legitima los mayores excesos.

El ejército ha recibido grados y empleos con profusion nunca vista.

La inamovilidad judicial se ha respetado removiendo y separando magistrados y jueces, con más perjuicio que ventaja de la justicia.

Todos los ramos de la administracion han continuado con ruedas inútiles y costosas, sin introducir en ninguno reformas verdaderas.

Hablando mucho de economías, ha continuado el despilfarro.

En vez de imponer, en nombre de la necesidad y de la justicia, sacrificios iguales á todas las clases, de suprimir todos, absolutamente todos, los gastos de lujo, y de establecer una administracion económica, se ha recurrido á los empréstitos, aumentando la deuda en muchos millones.

En lugar de la armonía de la equidad, se ha establecido una especie de compensacion de injusticias: á las provincias catalanas los derechos protectores, á las gallegas la subvencion de ferro-carriles, con lo cual la nacion tiene ruina y escándalo, y Cataluña no tendrá industria próspera, ni Galicia caminos de hierro.

Los empleados se han clasificado de este modo: los que tienen favor, y los que no le tienen. Estos han ido á aumentar el presupuesto de las clases pasivas dejando huecos que se han llenado siguiendo la misma regla; es dudoso que haya rayado nunca más alto el desprecio de la justicia y de la conveniencia pública al proveer los destinos, ni haya habido jamas tantos empleados que no saben cumplir con su obligacion; esto ha producido gran disgusto y mucho descrédito á la revolucion. Hay quien no comprende bien el valor de las cosas, pero el de las personas está al alcance de todos, y un empleado inepto ó inmoral desprestigia extraordinariamente al gobierno que le nombra.

Los derechos no han pasado á ser hechos sino cuando no han chocado con la opinion de los vencedores. Partiendo de errores, bajo frívolos pretextos, formulando acusaciones sin prueba y abusando de las fuerzas, se ha despojado á las asociaciones caritativas, disolviéndolas sin miramiento á la justicia ni compasion por la desgracia.

La libertad de enseñanza se ha traducido en gran parte por libertad de holganza; se toman los títulos á paso de carga, sin que se haya procurado graduar lo que no puede hacerse de repente, ni hecho comprender á todos que en España el mayor enemigo de la enseñanza ha sido la pereza, y su gran tirano la libertad de holgar.

En las prisiones, los mismos indultos y los mismos abusos; algunos cambios indebidamente llamados reformas, más perjudiciales que útiles.

De la beneficencia no se puede hablar sino con lágrimas. La domiciliaria, suprimida en su mayor parte con las conferencias de San Vicente de Paul, no se ha restablecido por los *Amigos de los pobres*; y al ver los establecimientos benéficos en el mayor desamparo, y careciendo de lo más preciso, y viendo expulsadas en muchos puntos las hermanas de la Caridad y sustituidas por gente mercenaria, es imposible contener esta exclamacion:—¡Ah! ¡Los pobres no tienen amigos!

La eleccion de las autoridades ha recaido por punto general en personas ineptas, que se han sucedido con una rapidez nunca vista, perjudicial en alto grado y capaz por sí sola de menoscabar el prestigio del gobierno. Han oscilado entre la debilidad y las violencias, alentando muchas veces las malas pasiones con la impunidad, provocándolas otras con la injusticia.

Las armas se han dado sin discernimiento, sin la precisa condicion de honradez de parte de los que habian de recibirlas. No soy de los que creen que los voluntarios son *perdidos* y *pícaros*; creo, por el contrario, que en su mayor parte son hombres honrados; pero creo tambien que hay una minoría que no lo es, y hace reflejar sobre el todo su merecido descrédito. Esto se ha hecho á sabiendas y por falta de valor, como si no fuera más fácil negar un fusil que quitarle una vez dado.

En la intentona carlista se ha recurrido á medidas de rigor que nada justificaba; se ha vertido sangre que caerá eternamente sobre la cabeza de los que la han derramado, y sobre la conciencia de los que, pudiendo y debiendo, no exigen la responsabilidad á quien deba responder.

Esta y otras muchas faltas han ido formando una atmósfera de desconfianza, de disgusto, de reprobacion, en que ha podido crecer el error y estallar la cólera. Las quejas justas se elevan al cielo, y aunque sean invisibles como los vapores, engendran la nube donde se forma el rayo.

Si se hubiera hecho el bien posible, los que tenian pretensiones absurdas hubieran sido débiles; si se hubiera obrado en justicia, se hubiera tenido prestigio; si se hubiera tenido prestigio, poca ó ninguna fuerza material se necesitaba; nadie ataca con energía lo que respeta.

El pueblo no sabe lo que es república, pero sabe lo que es dolor y comprende lo que es justicia. Como no la halla, quiere marchar en la direccion en que le dicen que la hallará. ¿Por qué victorea ayer la libertad y hoy la república? Porque sufre, y da un nombre cualquiera á la esperanza.

Y á la última hora, cuando el pueblo insensato habia cargado las minas de su cólera, ¿quién será capaz de decir hasta qué punto se le provocó á ponerlas fuego, y si habria sido posible que al ménos en muchas no se verificase la explosion? Difícil es investigar con exactitud la responsabilidad que á cada uno corresponde; pero difícil es tambien sostener que en todas partes han sido los insurrectos los únicos culpables, áun prescindiendo de causas anteriores y limitándose nada más que al momento de la lucha.

Valencia, la desolada Valencia, puede quejarse amargamente á los vencidos. Puede decirles con qué derecho la han convertido en teatro de su locura, de su culpa y de su desesperacion. La victoria no absuelve de las faltas graves; pero la derrota cuando es inevitable, cuando podia haberse previsto, es un terrible cargo.

Lanzarse á la destruccion y á la matanza sin una gran probabilidad de alcanzar el triunfo; jugar la vida y la hacienda ajena á un juego en que se debe perder; imponer los más horribles sacrificios en nombre de una idea á los que no participan de ella y á los que la rechazan; llenar de terror á los pacíficos y á los débiles de espanto; atraer una agresion formidable sin tener medios racionales de defensa; ver ruinas, y lágrimas, y sangre, y no sentir ni remordimientos ni piedad; querer disfrazar la desesperacion culpable con un remedo de constancia; pretender que lo que seria infame hecho por seis hombres, será honrado porque lo ejecutan seis mil; tomar consejo de la ira y no atenuar siquiera tan graves delitos con la firme resolucion de morir, esto es lo que puede decir á los vencidos la desdichada Valencia.

¿Y á los vencedores? ¡Oh! A los vencedores puede dirigirles cargos mucho más teribles todavía, porque no se ha de esperar de la plebe insurreccionada lo que han derecho á exigir de un gobierno establecido, que dispone de la fuerza pública y que representa el derecho.

¡El bombardeo! Ese atentado cobarde, esa abominacion que para vergüenza de los pueblos civilizados y cristianos no está fuera del derecho de gentes; el bombardeo, esa arma que la conciencia universal rechazará un dia con horror; el bombardeo, que no se debe llevar á los más irreconciliables enemigos extranjero, se ha empleado contra los propios, contra los hermanos.

Despojemos las cosas de vanas apariencias que las desfiguran; suprimamos los clarines, los uniformes, las falsas ideas de honor y de deber, y la fatal ilusion de que un hecho que es censurable, si es obra de un hombre, se ennoblece cuando lo ejecutan veinte mil. ¿Qué es el bombardeo quitándole sus vanos disfraces? Un hombre que á distancia, á mucha distancia, sin riesgo ninguno, destruye en pocas horas el trabajo de muchos años, desploma las obras de la piedad ó del arte, los

templos y los hospitales (1); mata niños (2), mujeres, ancianos y enfermos.

Pero el bombardeo de Valencia es más que un hombre que mata sin peligro á inocentes que no pueden defenderse; es un pueblo de amigos, de hermanos, invadido por una turba insensata que le convierte en parapeto.

Pero se dirá: es necesario economizar la sangre del ejército; más vale sacrificar casas que soldados. Ciertamente. Harta sangre del ejército habia corrido ya, y no toda caerá sobre la cabeza de los insurrectos. No seré yo quien arriesgue los hombres por salvar las cosas. ¡Bendita sea la memoria de aquel marino inglés que por sacar un marinero perdió el mejor navío de la escuadra británica! Pero no se trata de sacrificar la vida de nuestros honrados valientes á la conservacion de los edificios. ¿Cómo una mujer y una madre habia de sostener semejante impiedad?

Se trata de que Valencia es una ciudad abierta de 60.000 almas, ocupada por 6.000 insurrectos. Una ciudad amiga y hermana, cuyos pacíficos habitantes sufren la presion de una turba insensata y pagan ese tren de artillería asestado contra ellos.

Se trata de que se les han dado *horas* para salir de la ciudad, para sacar sus papeles más importantes, sus objetos más preciosos, sus enfermos, sus moribundos.

Se trata de que á esta horrible intimacion no se le dió siquiera la debida y necesaria publicidad. Con tambores y trompetas debia haberse publicado muy repetidamente por plazas y calles en vez de fijar el bando en las esquinas. ¿Es este medio de publicidad cuando el terror tiene á los habitantes encerrados en sus casas? Asegúrase ademas que el bando estaba manuscristo: Guttemberg debió felicitarse de que no sirviese su invencion de instrumento para semejante atentado, pero se hizo así más difícil que llegase á noticia de todos.

Se trata de que los insurrectos no tenian medios de defensa, ni posibilidad de prolongar aquella situacion desesperada; de que, formalizado el bloqueo, la escasez se hubiera hecho sentir; de que con esperar dos dias, uno solo, tal vez algunas horas, los revoltosos se rinden sin que la ciudad quede destruida ni perezca uno solo de sus habitantes ni de sus sitiadores.

Los rebeldes habian sido derrotados en todas partes; ni motivo, ni pretexto, ni disculpa ha tenido semejante precipitacion, y Valencia puede dirigir aún más terribles cargos que á los vencidos, á los vencedores.

¿Qué uso hareis de ese triunfo los que le habeis comprado tan caro? ¿Creeis que después que se ha hecho morder el polvo al enemigo se puede todo? Grave error y desgracia grande será que equivoqueis las luminarias de la victoria con la luz de la verdad.

¿Qué camino habeis emprendido después del triunfo?

En una nacion empobrecida y exhausta repartir sueldos atrasados y pensiones y recompensas y fajas y entorchados con prodigalidad nunca vista.

Dar grandes cruces al capitan general de Valencia porque ha contribuido en mucha parte á la desolacion de la ciudad, y al capitan general de Galicia porque

---

(1) En el hospital provincial de Valencia han caido seis bombas.

(2) Una de las víctimas del bombardeo de Valencia ha sido un niño, hijo de un capitan de artillería. Estremece la idea de que su padre pudo mandar la batería de donde salió el proyectil homicida. Dios quiso, teniéndole léjos, no permitir semejante horror.

sin razon ni motivo ha declarado la provincia de la Coruña en estado de guerra.

Destituir ayuntamientos populares que no habian faltado á la ley; que no habian tomado parte en la insurreccion, porque eran republicanos; y sustituirlos con otros nombrados por la autoridad que elige en una lista de nombres que no conoce.

Ante los edificios desplomados de Valencia y tantos objetos destruidos que nadie abonará á sus dueños, votar un millon para indemnizar á vuestros periódicos sin oir el grito de reprobacion con que es acogido un hecho tan inusitado.

Hablar el presidente del Consejo de ministros en las Córtes de *sangre y fuego* como pudiera hacerlo en su tienda un jefe de cosacos.

Y haciendo todas estas cosas y continuando por este desdichado camino, porque á vuestra voz han vomitado bombas y granadas los obuses y morteros, ¿creeis que sois fuertes? Os engañais. Con los anteojos de campaña se ve muy turbio en los horizontes políticos; los escombros de Valencia son pedestal deleznable para un trono.

Y cuando haya insurrecciones militares, llamareis á los soldados genízaros y guardia pretoriana, sin ver que no los teneis en contra sino porque os habeis puesto ántes enfrente de la opinion. Consultadla, renunciando á la arbitrariedad y á los estados de sitio, en que la voluntad de un hombre se antepone al derecho de todos. La omnipotencia no puede ser armónica sino con la sabiduría, y la bondad infinita es para Dios. En torno del hombre produce una atmósfera que no es respirable para él, y le da vértigos. La omnipotencia y la justicia se excluyen en la humanidad; no están en nuestra naturaleza; comprendedlo bien, y no abrigueis la ciega confianza de que es posible que no abuse de su poder el que lo puede todo.

No es necesario que nos digan lo que hizo este capitan general, aquel segundo cabo, y el otro gobernador; nos basta saber que han sido omnipotentes para tener la seguridad de que han sido injustos. Esto sucede lo mismo bajo la dominacion de los Borbones, que de los Bonapartes y los Coburgos; es de necesidad en el mundo moral, y convendria que lo tuviérais presente para no narcotizar la conciencia con el perfume de ciertos principios, creyendo que puede haber justicia donde no hay ley.

Se dice que llega un dia en que el despotismo es necesario; yo os digo que no llega nunca una hora en que no vaya más allá de lo que pensaba. Se sustituye la ley de la justicia por lo que se llama ley de la necesidad; pero la necesidad tiene un límite diferente para cada hombre; es decir, que no tiene límite; el egoismo humano nada le niega de lo que pide, y suele ser insaciable para pedir, aumentar sus exigencias á medida que se le da, y devorar primero la presa y después la mano que se la arroja. ¿Qué regla tendremos para saber hasta dónde es preciso sacrificar á la necesidad? Una muy sencilla. *Ninguna cosa injusta es necesaria.*

Si seguís esta regla, vencedores de hoy, de mañana y de siempre, sereis fuertes, sinó no, porque en el mundo civilizado y cristiano se ha realizado un gran progreso; no hay nada fuerte más que la justicia. Las revoluciones se hacen por buscarla, y las reacciones por buscarla tambien. Para saber vuestra fuerza ¡oh vencedores! no conteis vuestros soldados, pesad vuestra justicia. Si no dais justicia os darán guerra, y un gran pensador ha dicho *que el verdadero responsable de la guerra no es el que la declara, sino el que la hace necesaria.*

Termino recordando que se ha puesto de manifiesto una llaga que es preciso

apresurarse á curar para que no se haga cancerosa: las clases se han separado, y la separacion llama al odio. Creemos que se exagera, que se exagera mucho en lo que se dice de la hostilidad entre pobres y ricos; pero creemos tambien que hay algo de cierto. Todos los odios son injustos; pero los que, salidos de una masa, caen sobre otra, son absurdos ademas. Los favorecidos de la fortuna, los que sois más fuertes, más inteligentes y más dichosos, debeis dar el primer paso para la reconciliacion. No abrais con vuestra indiferencia un abismo entre los que sufren y los que gozan, porque por el fondo de los abismos sociales corren primero las lágrimas de algunos, y tarde ó temprano la sangre de todos.

Hay un libro que se llama *La Caridad en Paris*: es una noticia de todo lo que los ricos hacen en aquella capital por los pobres; de los innumerables lazos que forma la caridad entre los mal aventurados y los favorecidos de la fortuna; es una obra edificante; son los más hermosos anales de la historia de la humanidad. Allí tiene la nobleza sus blasones, grabados por la gratitud en el corazon de los plebeyos; allí sus títulos de propiedad la clase media, legitimados por las bendiciones de los tristes. No hay que temer para Paris un nuevo reinado del terror. Muera ó viva Napoleon, haya monarquía, imperio ó república, no habrá guerras de clases porque no hay abismos entre ellas y están unidas por los lazos de la caridad.

El libro de que voy hablando tiene 227 páginas benditas. ¿Cuántas ocuparia la noticia de *La Caridad en Madrid?*

Apresuraos, los que podeis y debeis, á dar asunto para esta obra. ¡Oh! vosotros, favorecidos de la fortuna, que temeis las iras populares, el pueblo respetará vuestros palacios donde gozais si vais alguna vez á visitarle en su bohardilla donde sufre; el pueblo os amará si le compadeceis: dadme palabra de enjugar sus lágrimas, y yo os respondo de que no verterá vuestra sangre.